

La rapsodia de Ifigenia

Antonio Miguel Morales Montoro

Esta obra se estrenó en lectura dramatizada en la Sala Berlanga de Madrid, dirigida por Pilar Massa y protagonizada por María Hervás, en 2017. Ese mismo año se estrenó en Atenas, en el teatro Emprós dirigida por Styl Rodarelis.

*A Diana de Paco y a Helen Freear – Papio, porque con los negros de Carlos White se quedará por siempre la lectura que hicimos en Manhattan de La rap-sodia de Ifigenia, mirando al Hudson.
A Fernando Olaya, in memoriam.*

El tiempo mítico

I

*El templo de Artemisa se divisa al fondo.
Un CORO DE EXTRANJEROS se aproxima.
Está atardeciendo, y la luz carmesí se refleja en el torso desnudo de Ifigenia, que se lava el cabello en un lebrillo.
Ante un altar con restos de los sacrificios oficiados,
IFIGENIA enciende un velón.
Y canta.
A IFIGENIA le gusta cantar.*

Milonga del oráculo

IFIGENIA: Pensaron que estaba muerta la hija de Agamenón.
Pero Ifigenia no ha muerto porque Ifigenia soy yo.

El oráculo Calcante a mi padre lo advirtió:
o Ifigenia es inmolada
o no vencerás a Ilión.

Pero me salvó Artemisa
_ a quien debo devoción _
de las garras asesinas
de mi padre, Agamenón.

Y ahora soy sacerdotisa
y proclamo mi oración
en la tierra de los tauros
con la Luna y con el Sol.

*IFIGENIA hace un círculo con los cráneos que va extrayendo uno a uno del altar.
Comienza a ofrecer sus libaciones a Artemisa.
Va derramando vino cráneo a cráneo.
Ve llegar a los extranjeros.*

Extranjero que llegaste al país de los tauros.
Extranjera que encontraste la muerte multiplicada por dos: la muerte tuya y la muerte de tu vientre, que ni siquiera pudo llegar a formar su propia calavera.
Por vosotros ya no puedo pedir.
¡Por vosotros ya no puedo pedir!
¡Ay de mí!

EXTRANJERO: Pero puedes pedir por nuestros hermanos que ahora mismo cruzan los océanos negros.

EXTRANJERA: Para que no sean devorados por los monstruos.

EXTRANJERO: Para que lleguen sanos y salvos al país de los tauros.

IFIGENIA: Mi cuerpo es una ofrenda.
¡Vino y miel sobre mi cuerpo!

El EXTRANJERO vierte vino sobre su pecho.

La EXTRANJERA unta su torso con miel.

Aquí me tenéis.

Hija de Agamenón y Clitemnestra.

Oigo a los ciervos en estampida y sé que el final se aproxima.

Se acerca a la EXTRANJERA y le acaricia los pechos.

Los dioses: esos tiranos.

Los dioses, con sus lenguas de lava que lamen los hermosos pechos de las doncellas, arrasando sus rosados pezones, aún intactos.

El ciervo sagrado fue sacrificado por mi padre para mi mal.

Ay de mí.

EXTRANJERO: ¿Es que todo el mundo tiene que ir por ahí clavando su odio en el corazón de las criaturas sagradas?

EXTRANJERA: ¿Por qué no desatan las alas de los pájaros?

IFIGENIA canta.

A IFIGENIA le gusta cantar.

Malagueña del agua

Que ya vienen a por mí...

Que ya vienen a por mí...

Y si nadie lo remedia
seré un pozo de tristeza
que se olvide de latir...

“Que ya vienen a por ti...

Que ya vienen a por ti...”

Dice el agua de la fuente,
Y como el agua no miente
sé que tengo que morir.

Ay de mí.

Ay de mí.

IFIGENIA hace como que tensa un arco invisible.

Mi padre apuntó y acertó en el corazón de lo sagrado.

EXTRANJERA: La sangre del venado de Artemisa cubrió los pétalos de los girasoles, cegando su

norte para siempre.

EXTRANJERO: Y los hijos pagamos los errores de los padres.

EXTRANJERA: Y las hijas pagamos los errores de los hombres.

IFIGENIA: ¡Y las hijas pagamos los errores de los hombres!

Cargamos con la lacra de nuestros antepasados.

Con sus miserias.

Con sus amaneceres muertos.

Con el hueco de sus manos.

Con sus dobleces nefastas.

Con sus promesas incumplidas.

Con sus vanidades hirientes.

Con sus traiciones.

Con sus culpas.

Con sus miedos.

Con sus mentiras inmemoriales.

Con sus uñas negras de arañar cuerpos comprados.

Con sus flechas para matar.

¿Con todo eso cargamos?

IFIGENIA canta.

A IFIGENIA le gusta cantar.

Soleá del ciervo herido

Soledad de un ciervo herido
que ha tintado con su sangre
de rojo el fondo del río.

Soledad de la hija muerta
que espera su sacrificio
con la espalda descubierta.

Soledad por los caminos.

Soledad por los burdeles.

Soledad de mi destino.

Ay de mí.

Ay de mí.

EXTRANJERO: Ya se oyen los pasos.

EXTRANJERA: Ya crujen las hojas de los chopos.

EXTRANJERO: Ya asoman entre las hojas muertas los picos de los alacranes.

EXTRANJERA: Ya se retuerce de ira el corazón de las arañas.

IFIGENIA: Y el viento me susurra al oído que ya vienen a por mí.

El oráculo no se equivoca.

El oráculo te muestra el futuro de manera inmisericorde.

Lo he oído.

Me lo ha dicho el viento.

EXTRANJERA: *(al extranjero)*

El futuro de Ifigenia es una sábana impecablemente blanca con una mancha roja en el embozo.

Como un primer rubor.

IFIGENIA: Ay de mí.

Ay de mí.

EXTRANJERO: Troya quedaba tan lejos como los campanarios de los sueños.

EXTRANJERA: La flota de Agamenón quedó varada.

EXTRANJERO: La flota de Agamenón no encontraba aire que pudiese remediar la quietud de sus velas.

EXTRANJERA: Porque Agamenón asestó un cierto flechazo en el corazón de lo sagrado.

Y si quería llegar a Troya debía sacrificarla.

EXTRANJERO: A ella.

EXTRANJERA: A su hija.

Porque la ira de los dioses recae sobre las mujeres.

Aunque el agravio provenga de los hombres la ira de los dioses recae sobre las mujeres.

EXTRANJERO: Porque lo dice el oráculo.

EXTRANJERA: Las mujeres debemos soportar los latigazos.

EXTRANJERO: Siervas de los dioses para borrar los pecados del mundo.

EXTRANJERA: Las mujeres debemos soportar los latigazos.

EXTRANJERO: ¡Siervas de los dioses para borrar los pecados del mundo!

IFIGENIA: Ay de mí.

Ay de mí.

Ya nadie podrá impedir que mi corazón se contagie del latido de las tinieblas, porque todavía no ha sido derramada toda la sangre.

Alguien está preparando cuencos para colmarlos con la sangre vertida de mi cuello.

Ay de mí.

Ay de mí.

IFIGENIA canta.

A IFIGENIA le gusta cantar.

Entona un martinete marcando el compás con los nudillos sobre la superficie de una calavera.

Martinete del pecado

Los errores de los hombres
son pecados de mujer.
No les importa si ponen
las verdades del revés.

Los errores de los hombres
a Ifigenia destruirán.
La cólera de Artemisa
sobre Ifigenia caerá.

Ay de mí.

Ay de mí.

EXTRANJERA: No pudo evitar la cólera de Artemisa.

IFIGENIA: No pude evitar la cólera de Artemisa.

EXTRANJERA: Detrás de cada historia hay un hombre.

Detrás de cada muerte.
Detrás de cada cráneo.
Detrás de cada sufrimiento hay una mujer.
Una extranjera confundiendo su cuerpo con la
cresta de la ola.
No hay más.
Las cosas son así.
IFIGENIA: Yo no debí haber nacido jamás.
Con solo intuir que iba a nacer debiera haber
cerrado los ojos.

El cielo cae en tromba sobre IFIGENIA.
Un ciervo la observa desde detrás de la arboleda.
Oscuro.

El tiempo histórico

II

Port Bou. 1939. Frontera con Francia.
Miles de refugiados españoles cruzan la frontera.
Llueve tanto que el agua se cuele por las bocas ce-
rradas.
Una mujer intenta cruzar.
Su cuerpo es un altar.
Ahora IFIGENIA sabe que su cuerpo es un altar.
Es detenida.
Un buitre la interroga en una estancia oscura.
Es militar, pero parece un buitre.
MILITAR: ¿Se puede saber a quién ha ayudado a
salir?
Quiero nombres.
IFIGENIA: Ya pasaron los hombres que he de be-
sar mañana.
Ya pasaron los hombres y yo debo salir de aquí.
Debo salir de aquí porque mi cuerpo es una sa-
cudida de jilgueros que quiere brotar en canto.
MILITAR: No me líe y dígame los nombres de los
traidores.

El MILITAR la golpea.

IFIGENIA: Debo salir de aquí porque mis pupilas
esconden el secreto de la germinación de las
semillas.

Debo salir de aquí porque mi cuerpo es un al-
tar al que deben rendir culto los que cortan las
muñecas de las doncellas núbiles.

MILITAR: Su pasaporte es falso.

IFIGENIA: Debo salir de aquí para no morir de
allá.

Para hacer posible mi placenta en el tiempo.
Para multiplicar la sonoridad de los abrazos.

El MILITAR la golpea.

Para atrapar en el ocaso a los peces voladores y
darles cobijo en mi pecho.

Para macerar las heridas del prójimo con póci-
mas del sotobosque.

Para aliviar con mi sexo el vigor de los guerre-
ros que son hijos de una mujer como yo.

Que son padres de una mujer como yo.

Que tendrán unos hijos como los que yo tendré.

Pero que no tendrán culpa.

MILITAR: O suelta el nombre de los traidores o la
mataré poco a poco.

Le aseguro que esto puede ser peor que el in-
fierno.

La golpea.

IFIGENIA: Y después de hacerlo no tendrá culpa.

MILITAR: En la guerra sobran pusilánimes.

IFIGENIA: Los guerreros no entienden de la posi-
bilidad de las placentas.

Los guerreros no entienden del trino de los pá-
jaros salvajes que anidan en el corazón, porque
disfrutaban masticando pequeñas criaturas del
bosque.

Porque gozan crujiendo entre sus manos de zarza las alas de los peces voladores.
Porque para ellos los abrazos son ruidosos y no sonoros.
Porque saben que nuestros hijos serán suyos.
Y multiplicarán el dolor de las hijas marchándose lejos.
Y multiplicarán el dolor de las madres llevándose a los hijos a la guerra.
Pero si la manada se ahoga entre el fango y la sangre, la culpa es nuestra.
Porque mordimos la manzana y obligamos a los hombres a engendrar proyectos de nada.
Proyectos de nada.
Proyectos de nada.
Aunque nos empeñemos en fingir que no lo sabemos eso es lo que somos todos: proyectos de nada.
Y es nuestro vientre el que impulsa a nuestros hijos hacia la nada que serán.
No se vaya a creer que es fácil darse cuenta.
No se lo vaya a creer.
Pero la culpa es nuestra.
Pero la culpa es nuestra por abrirnos de piernas.
Fingidoras, ignorantes y putas.
Esos son los adjetivos que nos ponen: aunque el orden varía a veces.
Eso es lo de menos.
MILITAR: *(golpeando con saña)*
Mi paciencia se agota.
Quiero el nombre de los traidores.
IFIGENIA: Y esa es mi tragedia, que aún así te quiero cerca, guerrero.
Para lamerte las heridas y propiciar la paz de tu piel.
Para que me oscurezcas con tu cuerpo entre los restos de la batalla.
Para poder salvarte y crecer contigo en un país lejano donde nadie dispare a las golondrinas

impunemente.
Para redimirte de esa potencialidad de dioses que ambos somos, pues juntos creamos la nada desde la nada.
Para que te des cuenta de que con nuestra alianza podremos ver crecer amapolas entre charcos de sangre.

Más golpes.

IFIGENIA canta.

A IFIGENIA le gusta cantar.

Seguiriyas del campo de batalla

No me pidas nunca
que te deje ir,
que en los caminos de mi desventura
te veré morir.

La maldita guerra
te lleva tan lejos
que amanece rojo el lucero del alba
y ladran los perros.

Se marcha el amante
dejando en mi cama
un rastro frío que busca en la noche
la flor de su espada.

Se marchan los hijos
dejando en la boca
besos perdidos que buscan la arena
y encuentran la roca.

El MILITAR sale.

En el suelo, un charco

III

París, 1940.

Suena un tren a lo lejos.

El destino es Austwitch, aunque nadie lo sabe.

En un puerto los estibadores sudan mientras descarga un barco recién atracado.

Huele a gasoil y a rosas.

A cuerpos y a pecado también huele.

Pero predomina el olor a soledad y a despedida.

El Sinaia parte para Veracruz.

Los refugiados españoles agitan pañuelos blancos.

FIGENIA está en el suelo. Nadie sabe si viva o muerta.

La EXTRANJERA de la escena I aparece de nuevo.

La acuna.

Trae un pañuelo blanco en la cabeza. Se lo quita y alivia con él las heridas de Ifigenia.

El pañuelo está manchado de sangre.

La EXTRANJERA lo agita en el aire y canta despidiéndose del barco, apenas ya una mancha difusa en la oscuridad.

EXTRANJERA:

Petenera del adiós

Se nos marchan nuestros hijos
porque en su tierra los matan.
Les clavan sucios cuchillos
y tintan de sangre el alba.

Se nos marchan nuestros hijos
Y se pudre la fragancia
de sus cuerpos en el limbo
del olvido y la venganza.

Cuánto amor sacrificado.
Cuánta sangre innecesaria.
Cuánto mar en otro lado.
Cuánta rosa mutilada.

Cuánto musgo en las mejillas.

Cuánta sal en la mirada.

Cuánto silencio en los labios.

Cuánta abundancia de nada.

Que si te duele ser madre
no andes mordiendo manzanas.
¡Yo te culpo, pecadora!
Dice el viento en la ventana.

Hagan los hombres la guerra
Y las mujeres la cama.

Que la culpa es de la hembra
que no cuida a su manada.

Que la culpa es de la hembra
dice el viento en la ventana.

Que la culpa es de la hembra
dice el viento en la ventana.

La EXTRANJERA se vuelve a acunar a IFIGENIA.

Tras hacerlo, las palmas de sus manos están rojas.
Oscuro.

IV

Un cabaret en París durante la ocupación francesa.

*Un soldado de la GESTAPO sentado en primera fila,
borracho.*

Llueven pétalos.

*FIGENIA sale con un ceñido vestido de lentejuelas y
peluca rosa fucsia.*

En sus manos lleva un cráneo que utiliza para beber.

Se sirve Whisqui y le ofrece al militar.

FIGENIA canta.

A IFIGENIA le gusta cantar.

Loca Ifigenia
cabaretera...
Soy la leona
del arrabal.

Loca Ifigenia
cabaretera
Y arrabalera
como quien más.

Luego te cuento
cómo he llegado
para colmarte
de eternidad.
Como un fantasma
de mi pasado
prueba mi boca
y entenderás

que soy la reina
de tu pecado
si tú me quieres
para pecar.
Que el magisterio
de lo prohibido
en Ifigenia
lo encontrarás.

Que tu secreto
vive atrapado
entre las piernas
de nuestro altar.

Vuelve a tu casa.
Duerme tranquilo.
Vuelve a tu diosa.
Vuelve a tu hogar.

Vuelve a tu esposa,
Vuelve a tus hijos,
porque Ifigenia
nunca hablará.

*El MILITAR borracho no ha parado de manosear a
IFIGENIA.*

*Ambos salen de escena.
Pasa un tren.
La historia continúa.
La culpa permanece.*

V

*Nieva sobre el mar Mediterráneo.
La concertina se divisa a lo lejos.
IFIGENIA, cubierta con una manta térmica, da de ma-
mar a un bebé
Los EXTRANJEROS van depositando junto a ella chale-
cos salvavidas, hasta rodearla por completo.
IFIGENIA canta una nana.*

A la nana nanita
nanita ea.
Mi niño tiene miedo
de las mareas.

Tiene blancas las manos
de tanta ola.
Tiene sal en los ojos,
sed en la boca.

Yo ya no tengo leche
para adorarte.
Tú ya no tienes vida
para quedarte.

A la nana nanita
nanita ea.
Tengo un Dios pequeñito
que huele a brea.

A la nana nanita
nanita ea.
Mi niño tiene miedo
de la marea.

*IFIGENIA coloca al bebé en el altar, deja caer la manta
térmica y, desnuda se introduce en el mar sorteando
la montaña naranja.*

Nieve y oscuro.